

vos técnicos se llaman filósofos. Es éste un título al que me está vedado aspirar. Por esta laguna de mi primera educación el presente ensayo perderá mucho, sin duda, en precisión de lenguaje como en amplitud de horizonte. No puedo presentarlo sino como lo que es: el *memento* de un artesano al que siempre le ha gustado meditar sobre su tarea cotidiana; el "carnet" de un oficial que ha manejado durante muchos años la toesa y el nivel, sin creerse por eso matemático.

I. LA HISTORIA, LOS HOMBRES Y EL TIEMPO

1. LA ELECCIÓN DEL HISTORIADOR

La palabra historia es muy vieja, tan vieja que a veces ha llegado a cansar. Ciertamente que muy rara vez se ha llegado a querer eliminarla del vocabulario. Incluso los sociólogos de la escuela durkheimiana la admiten. Pero sólo para relegarla al último rincón de las ciencias del hombre: especie de mazmorras donde arrojan los hechos humanos, considerados a la vez los más superficiales y los más fortuitos, al tiempo que reservan a la sociología todo aquello que les parece susceptible de análisis racional.

A esa palabra, por el contrario, le conservaremos nosotros aquí su más amplia significación. No nos veda de antemano ningún género de investigación, ya se proyecte de preferencia hacia el individuo o hacia la sociedad, hacia la descripción de las crisis momentáneas o hacia la búsqueda de los elementos más durables; no encierra en sí misma ningún credo; no compromete a otra cosa, según su etimología original, que a la "investigación". Sin duda desde que apareció, hace más de dos milenios, en los labios de los hombres, ha cambiado mucho de contenido. Ése es el destino, en el lenguaje, de todos los términos verdaderamente vivos. Si las ciencias tuvieran que buscarse un nombre nuevo cada vez que hacen una conquista, ¡cuántos bautismos habría y cuánta pérdida de tiempo en el reino de las academias!

Pero por el hecho de que permanezca apaciblemente fiel a su glorioso nombre heleno, nuestra historia no será la misma que escribía Hecateo de Mileto, como la física de lord Kelvin o de Langevin no es la de Aristóteles. ¿Qué es entonces la historia?

No tendría interés alguno que encabezáramos este libro, centrado en torno a los problemas *reales* de la investigación, exponiendo una larga y rígida definición. ¿Qué trabajador serio se ha detenido nunca ante semejantes artículos de fe? Su cuidadosa precisión no deja solamente escapar lo mejor de todo impulso intelectual: entiéndase bien, lo que hay en él de simples veleidades de impulso hacia un saber todavía mal determinado, de potencia de extensión. Su peligro más grave consiste en no definir tan cuidadosamente sino con el único fin de delimitar mejor: "Lo que sin duda puede reducir —dice el Guárdian del dios Término— es este tema o esta manera de tratarlo. Pero cuidado, ¡oh efebo!: eso no es historia". ¿Somos, pues, veedores de los tiempos antiguos para codificar las tareas permitidas a las gentes del oficio, y, sin duda, una vez cerrada la lista, para reservar el ejercicio de esas tareas a nuestros maestros patentados? Los físicos y los químicos son más discretos: que yo sepa jamás se les ha visto querellarse sobre los derechos respectivos de la física, de la química, de la quimicafísica o —suponiendo que este término exista— de la fisicoquímica.

No es menos cierto que frente a la inmensa y confusa realidad, el historiador se ve necesariamente obligado a señalar el punto particular de aplicación de sus útiles; en consecuencia, a hacer en ella una elección, elección que, evidentemente, no será la misma que, por ejemplo, la del biólogo: que será precisamente una elección de historiador. Éste es un

auténtico problema de acción. Nos seguirá a lo largo de nuestro estudio.

2. LA HISTORIA Y LOS HOMBRES

Se ha dicho alguna vez: "la Historia es la ciencia del pasado". Me parece una forma impropia de hablar.

Porque, en primer lugar, es absurda la idea de que el pasado, considerado como tal, pueda ser objeto de la ciencia. Porque ¿cómo puede ser objeto de un conocimiento racional, sin una delimitación previa, una serie de fenómenos que no tienen otro carácter común que el no ser nuestros contemporáneos? ¿Cabe imaginar en forma semejante una ciencia total del Universo en su estado actual?

Sin duda, en los orígenes de la historiografía estos escrúpulos no embarazaban apenas a los viejos analistas. Contaban confusamente acontecimientos sólo unidos entre sí por la circunstancia de haberse producido aproximadamente en el mismo momento: los eclipses, las granizadas, la aparición de sorprendentes meteoros, con las batallas, los tratados, la muerte de héroes y reyes. Pero en esta primera memoria de la humanidad, confusa como una percepción infantil, un esfuerzo de análisis sostenido ha realizado poco a poco la clasificación necesaria. Es cierto que el lenguaje, por esencia tradicionalista, conserva voluntariamente el nombre de historia a todo estudio de un cambio en la duración... La costumbre carece de peligro, porque no engaña a nadie. En este sentido hay una historia del sistema solar, ya que los astros que lo componen no han sido siempre como los vemos. Esa historia incumbe a la astronomía. Hay una historia de las erupciones

volcánicas que seguramente tiene el mayor interés para la física del globo. Esa historia no pertenece a la historia de los historiadores.

O, por lo menos, no le pertenece quizás más que en la medida en que se viera que sus observaciones, por algún sesgo especial, se unen a las preocupaciones específicas de nuestra historia de historiadores. ¿Entonces, cómo se establece en la práctica la participación de las tareas? Un ejemplo bastará para que lo comprendamos, mejor, sin duda, que muchos discursos.

En el siglo X de nuestra era había un golfo profundo, el Zwin, en la costa flamenca. Después se cegó. ¿A qué rama del conocimiento cabe asignar el estudio de este fenómeno? Al pronto, todos responderán que a la geología. Mecanismo de los aluviones, función de las corrientes marítimas, cambios tal vez en el nivel de los océanos. ¿No ha sido creada y traída al mundo la geología para que trate de todo eso? Sin duda. No obstante, cuando se examina la cuestión más de cerca, descubrimos que las cosas no son tan sencillas.

¿Se trata ante todo de escrutar los orígenes de la transformación? He aquí ya a nuestro geólogo obligado a plantearse cuestiones que no son estrictamente de su incumbencia. Porque, sin duda, el colmataje fue cuando menos favorecido por la construcción de diques, por la desviación de canales, por desecaciones: actos humanos, nacidos de necesidades colectivas y que sólo fueron posibles merced a una estructura social determinada.

En el otro extremo de la cadena, nuevo problema: el de las consecuencias. A poca distancia del fondo del golfo había una ciudad: Brujas, que se comunicaba con él por corto trecho de río. Por las aguas del

Zwin recibía o expedía la mayor parte de las mercancías que hacían de ella, guardando todas las proporciones, el Londres o el Nueva York de aquel tiempo. El golfo se fue cegando, cada día más ostensiblemente. Buen trabajo tuvo Brujas, a medida que se alejaba la superficie inundada, de adelantar cada vez más sus antepuertos: fueron quedando paralizados sus muelles. Sin duda no fue ésa la única causa de su decadencia. ¿Actúa alguna vez lo físico sobre lo social sin que su acción sea preparada, ayudada o permitida por otros factores que vienen ya del hombre? Pero en el movimiento de las ondas causales, aquella causa cuenta al menos, sin duda, entre las más eficaces.

Ahora bien, la obra de una sociedad que modifica según sus necesidades el suelo en que vive es, como todos percibimos por instinto, un hecho eminentemente "histórico". Asimismo, las vicisitudes de un rico foco de intercambios; por un ejemplo haría característico de la topografía del saber, he ahí, pues, de una parte, un punto de intersección en que la alianza de dos disciplinas se revela indispensable para toda tentativa de explicación; de otra parte, un punto de tránsito, en que una vez que se ha dado cuenta de un fenómeno y que sólo sus efectos, por lo demás, están en la balanza, es cedido en cierto modo definitivamente por una disciplina a otra. ¿Qué ha ocurrido, cada vez, que haya parecido pedir imperiosamente la intervención de la historia? Es que ha aparecido lo humano.

En efecto, hace mucho que nuestros grandes antepasados, un Michelet y un Fustel de Coulanges, nos habían enseñado a reconocerlo: el objeto de la historia es esencialmente el hombre.⁴ Mejor dicho: los hombres. Más que el singular, favorable a la abstrac-

ción, conviene a una ciencia de lo diverso el plural, que es el modo gramatical de la relatividad. Detrás de los rasgos sensibles del paisaje, de las herramientas o de las máquinas, detrás de los escritos aparentemente más fríos y de las instituciones aparentemente más distanciadas de los que las han creado, la historia quiere aprehender a los hombres.⁵ Quien no lo logre no pasará jamás, en el mejor de los casos, de ser un obrero manual de la erudición. Allí donde huele la carne humana, sabe que está su presa.

Del carácter de la historia, en cuanto conocimiento de los hombres, depende su posición particular frente al problema de la expresión. ¿Es la historia una ciencia o un arte? Hacia 1800 les gustaba a nuestros tatarabuuelos discernir gravemente sobre este punto. Más tarde, por los años de 1890, bañados en una atmósfera de positivismo un tanto rudimentaria, se pudo ver cómo se indignaban los especialistas del método porque en los trabajos históricos el público daba importancia, según ellos excesiva, a lo que se llamaba la "forma". ¡El arte contra la ciencia, la forma contra el fondo! ¡Cuántas querellas que más vale mandar al archivo de la escolástica!

No hay menos belleza en una exacta ecuación que en una frase precisa. Pero cada ciencia tiene su propio lenguaje estético. Los hechos humanos son esencialmente fenómenos muy delicados y muchos de ellos escapan a la medida matemática. Para traerlos bien y, por lo tanto, para comprenderlos bien (¿acaso es posible comprender perfectamente lo que no se sabe decir?) se necesita gran finura de lenguaje, un color adecuado en el tono verbal. Allí donde es imposible calcular se impone sugerir. Entre la expresión de las realidades del mundo físico y

la expresión de las realidades del espíritu humano, el contraste es, en suma, el mismo que entre la tarea del obrero que trabaja con una fresadora y la tarea del violero: los dos trabajan al milímetro, pero el primero usa instrumentos mecánicos de precisión y el violero se guía, sobre todo, por la sensibilidad del oído y de los dedos. No sería conveniente que uno y otro trataran de imitarse respectivamente. ¿Habrán quien niegue que hay un tacto de las palabras como hay un tacto de la mano?

3. EL TIEMPO HISTÓRICO

"Ciencia de los hombres", hemos dicho. La frase es demasiado vaga todavía. Hay que agregar: "de los hombres en el tiempo". El historiador piensa no sólo lo "humano". La atmósfera en que su pensamiento respira naturalmente es la categoría de la duración.

Es difícil, sin duda, imaginar que una ciencia, sea la que fuere, pueda hacer abstracción del tiempo. Sin embargo, para muchas ciencias que, por convención, dividen el tiempo en fragmentos artificialmente homogéneos, éste apenas representa algo más que una medida. Por el contrario el tiempo de la historia, realidad concreta y viva abandonada a su impulso irrevocable, es el plasma mismo en que se bañan los fenómenos y algo así como el lugar de su inteligibilidad. El número de segundos, de años o de siglos que exige un cuerpo radiactivo para convertirse en otros cuerpos, es un dato fundamental de la atomística. Pero que esta o aquella de sus metamorfosis haya ocurrido hace mil años, ayer u hoy, o que deba producirse mañana, es una consideración que interesa sin duda al geólogo, porque la

geología es a su manera una disciplina histórica, mas deja al físico perfectamente impávido. En cambio, a ningún historiador le bastará comprobar que César necesitó ocho años para conquistar la Galia; que Lutero necesitó quince años para que del novicio ortodoxo de Erfurt saliera el reformador de Wittenberg. Le interesa mucho más señalar el lugar exacto que ocupa la conquista de la Galia en la cronología de las vicisitudes de las sociedades europeas; y sin negar en modo alguno lo que haya podido contener de eterno una crisis del alma como la del hermano Martín, no creará haber rendido cuenta exacta de ella más que después de fijado con precisión su momento en la curva de los destinos simultáneos del hombre que fue su héroe y de la civilización que tuvo por clima.

Ahora bien, este tiempo verdadero es, por su propia naturaleza, un continuo. Es también cambio perpetuo. De la antítesis de estos dos atributos provienen los grandes problemas de la investigación histórica. Éste, antes que otro alguno, pues, pone en tela de juicio hasta la razón de nuestros trabajos. Consideremos dos periodos sucesivos demarcados en el suceder ininterrumpido de los tiempos. ¿En qué medida el lazo que establece entre ellos el flujo de la duración es mayor o menor que las diferencias nacidas de la propia duración? ¿Habrán que considerar el conocimiento del periodo más antiguo como necesario o superfluo para el conocimiento del más reciente?

4. EL ÍDOLO DE LOS ORÍGENES

Nunca es malo comenzar con un *mea culpa*. Naturalmente cara a los hombres que hacen del pasado

el principal tema de investigación, la explicación de lo más próximo por lo más lejano ha dominado a menudo nuestros estudios hasta la hipnosis. En su forma más característica, este ídolo de la tribu de los historiadores tiene un nombre: la obsesión de los orígenes. En el desarrollo del pensamiento histórico esa obsesión ha tenido también su momento de favor particular.

Creo que fue Renan quien escribió un día (cito sólo de memoria y temo que con inexactitud): "En todas las cosas humanas los orígenes merecen ser estudiados antes que nada". Y antes que él había dicho Sainte-Beuve: "Espío y noto con curiosidad lo que comienza". Es una idea muy propia de su tiempo, tan propia como la palabra orígenes. A los *Orígenes del cristianismo* respondieron poco más tarde los *Orígenes de la Francia contemporánea*. Sin contar los epígonos. Pero el término es inquietante, porque es equívoco.

¿Significa simplemente "los principios"? Eso sería más o menos claro. Habrá, sin embargo, que hacer una reserva: la noción misma de este punto inicial aplicado a la mayoría de las realidades históricas sigue siendo singularmente huidiza. Cuestión de definición sin duda. De una definición que con demasiada facilidad se olvida por desgracia.

Cuando se habla de los orígenes ¿debemos entender, por el contrario, las causas? En ese caso no habrá más dificultades de las que constantemente (y más todavía, sin duda, en las ciencias del hombre) son, por naturaleza, inherentes a las investigaciones causales.

Pero con frecuencia se establece entre los dos sentidos una contaminación tanto más temible cuanto

que, en general, no se percibe muy claramente. En el vocabulario corriente los orígenes son un comienzo que explica. Peor aún: que basta para explicar. Ahí radica la ambigüedad, ahí está el peligro.

Sería una interesantísima investigación la que tratará de estudiar esta obsesión embriónica tan notoria en toda una familia de grandes inteligencias. Como sucede a menudo —nada es más difícil que establecer entre las diversas ramas del conocimiento una simultaneidad exacta—, en este caso las ciencias del hombre quedaron rezagadas de las ciencias de la naturaleza; hacia mediados del siglo XIX estas últimas estaban dominadas por el evolucionismo biológico, que por el contrario supone un distanciamiento progresivo de las formas ancestrales y explica el fenómeno, en cada etapa, por las condiciones de vida o del medio propias del momento. La filosofía francesa de la historia, desde Cousin hasta Renan, recibió el gusto apasionado por los orígenes, sobre todo del romanticismo alemán. Ahora bien, este interés, en sus primeros pasos, había sido contemporáneo de una fisiología bastante anterior a la nuestra: la de los prerreformistas que, a veces en la esperma, a veces en el huevo, creían encontrar un resumen de la edad adulta. Añádase la glorificación de lo primitivo que había sido familiar al siglo XVIII francés. Pero los pensadores de la Alemania romántica, herederos de este tema, antes de transmitirlo a nuestros historiadores, sus discípulos, a su vez lo habían ataviado con los artificios de muchas seducciones ideológicas nuevas. ¿Qué palabra nuestra logrará algún día expresar la fuerza de ese famoso prefijo alemán *Ur*: *Urmensch*, *Urdichtung*? Todo se inclinaba, pues, a esas generacio-

nes a conceder, en las cosas humanas, una importancia extrema a los hechos del principio.

No obstante, otro elemento de naturaleza muy diferente también ejerció su acción. En la historia religiosa, el estudio de los orígenes adquirió espontáneamente un lugar preponderante porque parecía proporcionar un criterio del valor de las religiones, especialmente de la religión cristiana. Ya lo sé, hoy en día algunos neocatólicos —entre los cuales, por otra parte, más de uno no es católico en absoluto— tienen la costumbre de burlarse de las preocupaciones de los exegetas. “No comprendo vuestra emoción —confesaba Barrès a un sacerdote que había perdido la fe—. ¿Qué tienen que ver con mi sensibilidad las discusiones de un puñado de sabios sobre unas palabras hebreas? Basta la atmósfera de las iglesias.” Y Maurras, a su vez: “¿Qué me importan los evangelios de cuatro judíos oscuros?” (“oscuros” quiere decir, imagino, plebeyos; porque parece difícil no reconocer a Mateo, Marcos, Lucas y Juan cierta notoriedad literaria). Estos bromistas sólo quieren presumir, y seguramente ni Pascal ni Bossuet hubieran hablado así. Es indudable que se puede concebir una experiencia religiosa que no deba nada a la historia. Al deísta puro le basta una iluminación interior para creer en Dios. No para creer en el Dios de los cristianos. Porque el cristianismo, como he recordado ya, es esencialmente una religión histórica: entiéndase bien, una religión cuyos dogmas primordiales descansan sobre acontecimientos. Volved a leer nuestro *Credo*: “Creo en Jesucristo... que fue crucificado bajo Poncio Pilatos... y al tercer día resucitó de entre los muertos”. Ahí los comienzos de la fe son también sus fundamentos.

Ahora bien, por un contagio sin duda inevitable, estas preocupaciones, que en un determinado análisis religioso podían tener su razón de ser, se extendieron a campos de la investigación en que su legitimidad era mucho más discutible. Ahí también fue puesta al servicio de los valores una historia centrada en los nacimientos. ¿Qué se proponía Taine al escrutar los orígenes de la Francia de su tiempo, sino denunciar el error de una política surgida, según pensaba, de una falsa filosofía del hombre? Se trataba de las invasiones germánicas o de la conquista de Inglaterra por los normandos, el pasado no fue empleado tan activamente para explicar el presente más que con el designio de justificarlo mejor o de condenarlo. De tal manera que en muchos casos el demonio de los orígenes fue quizás solamente un avatar de ese otro enemigo satánico de la verdadera historia: la manía de enjuiciar.

Volvamos, sin embargo, a los estudios cristianos. Una cosa es, para la conciencia inquieta que se busca a sí misma, una regla para fijar su actitud frente a la religión católica, tal y como se define cotidianamente en nuestras iglesias, y otra es, para el historiador, explicar, como un hecho de observación, el catolicismo actual. Aunque sea indispensable, por supuesto, para una inteligencia justa de los fenómenos religiosos actuales, el conocimiento de sus comienzos, éste no basta a explicarlos. Con objeto de simplificar el problema, renunciemos incluso a preguntarnos hasta qué punto, bajo un nombre que no ha cambiado, ha permanecido la fe realmente inmutable en su sustancia. Por intacta que se su ponga a una tradición, habrá siempre que dar las razones de su mantenimiento. Razones humanas,

se entiende; la hipótesis de una acción providencial escaparía a la ciencia. En una palabra, la cuestión no es saber si Jesús fue crucificado y luego resucitó. Lo que se trata de comprender es por qué tantos hombres creen en la Crucifixión y en la Resurrección. Ahora bien, la fidelidad a una creencia no es, evidentemente, más que uno de los aspectos de la vida general del grupo en que ese carácter se manifiesta. Se sitúa como un nudo en el que se mezclan una multitud de rasgos convergentes, sea de estructura social, sea de mentalidad colectiva. En una palabra, plantea todo un problema de clima humano. El roble nace de la bellota. Pero sólo llega a ser roble y sigue siendo roble si encuentra condiciones ambientales, las cuales no pertenecen al campo de la embriología.

Hemos citado la historia religiosa sólo a manera de ejemplo. Pero a todo estudio de la actividad humana amenaza el mismo error: confundir una filiación con una explicación.

Se trata, en suma, de la ilusión de los viejos etimólogos, que pensaban haber agotado el tema cuando, frente al sentido actual, ponían el sentido más antiguo conocido: cuando habían probado, supongo, que la palabra "bureau" designaba primitivamente una tela, o que la palabra "timbre" designaba un tambor. Como si el verdadero problema no consistiera en saber cómo y por qué se produjo el deslizamiento. Como si, sobre todo, cualquier palabra no tuviera su función fijada, en la lengua, por el estado contemporáneo del vocabulario: la cual se halla determinada a su vez por las condiciones sociales del momento. "Bureaux", en "bureaux" de ministerio, quiere decir una burocracia. Cuando yo pido "timbres" en una oficina de correos, el empleo que hago

del término ha exigido, para establecerse, junto con la organización lentamente elaborada de un servicio postal, la transformación técnica decisiva para la aparición de los intercambios del pensamiento humano, que sustituyó, en una época determinada, la impresión de un sello por la aplicación de una viñeta engomada. Ello sólo ha sido posible porque, especializadas por oficios, las diferentes acepciones del antiguo nombre se han separado ya de tal modo una de otra, que no hay peligro de que se confunda el timbre que voy a pegar en mi sobre y, por ejemplo, aquel cuya pureza en sus instrumentos me elogiará el vendedor de música.

Se habla de los "orígenes del régimen feudal". ¿Dónde buscarlos? Unos han dicho que "en Roma", otros que "en Germania". Las razones de estos espejismos son evidentes. Aquí y allá había efectivamente ciertos usos —relaciones de clientela, compañerismo guerrero, posesión del feudo como salario por los servicios— que las generaciones posteriores, contemporáneas, en Europa, de las llamadas épocas feudales, habrían de continuar. No, por lo demás sin modificarlas mucho. En uno y otro lado se empleaban palabras —"beneficio" (*beneficium*) entre los latinos, "feudo" entre los germanos—, que iban a seguir siendo empleadas por esas generaciones dándoles poco a poco, sin advertirlo, un contenido casi enteramente nuevo. Porque, para desesperación de los historiadores, los hombres no tienen el hábito de cambiar de vocabulario cada vez que cambian de costumbres. Todas éstas son pruebas llenas de interés. ¿Cabrán pensar que agotan el problema de las causas? El feudalismo europeo, en sus instituciones características, no fue un tejido de supervivencias arcaicas. Durante una fase de-

terminada de nuestro pasado nació de todo un ambiente social.

Seignobos ha escrito en alguna parte: "Creo que las ideas revolucionarias del siglo XVIII provienen de las ideas inglesas del siglo XVII". ¿Trataba con ello de decir que habiendo leído los escritos ingleses del siglo anterior o que habiendo sufrido indirectamente su influencia, los publicistas franceses de la época de las luces adoptaron los principios políticos de aquéllos? Podrá dársele la razón, suponiendo al menos que nuestros filósofos no pusieran verdaderamente nada suyo original en las fórmulas extrajeras, como sustancia intelectual, o como tonalidad de sentimiento. Pero incluso reducida de ese modo, no sin cierta arbitrariedad, al hecho de haberlas tomado prestadas, la historia de este movimiento de las ideas estará muy lejos de haber quedado completamente esclarecida. Porque siempre subsistirá el problema de saber por qué ocurrió la transmisión en la fecha indicada, ni más pronto ni más tarde. Todo contagio supone dos cosas: generaciones microbianas, y, en el instante en que prende el mal, un "terreno".

En una palabra, un fenómeno histórico nunca puede ser explicado en su totalidad fuera del estudio de su momento. Esto es cierto de todas las etapas de la evolución. De la etapa en que vivimos como de todas las demás. Ya lo dijo el proverbio árabe antes que nosotros: "Los hombres se parecen más a su tiempo que a sus padres". El estudio del pasado se ha desacreditado en ocasiones por haber olvidado esta muestra de la sabiduría oriental.

5. LOS LÍMITES DE LO ACTUAL Y DE LO INACTUAL

¿Hay que creer, sin embargo, que por no explicar todo el presente, es el pasado totalmente inútil para explicarlo? Lo curioso es que hoy pueda plantearse esta cuestión.

En efecto, hasta hace muy poco tiempo, esa cuestión parecía a casi todo el mundo resuelta por adelantado. "Quien quiera atenerse al presente, a lo actual, no comprenderá lo actual", escribía Michelet en el siglo pasado, a la cabeza de su hermoso libro *El pueblo*, lleno sin embargo de las pasiones del momento. Y ya Leibniz incluía entre los beneficios que esperaba de la historia "los orígenes de las cosas presentes descubiertos en las cosas pasadas; porque —agregaba— una realidad no se comprende nunca mejor que por sus causas".⁶

Pero desde la época de Leibniz, desde la época de Michelet, ha ocurrido un hecho extraordinario: las revoluciones sucesivas de las técnicas han aumentado considerablemente el intervalo psicológico entre las generaciones. No sin cierta razón, quizá, el hombre de la edad de la electricidad o del avión se siente muy lejos de sus antepasados. De buena gana e imprudentemente concluye que ha dejado de estar determinado por ellos. Agréguese a lo anterior la indicación modernista innata a toda mentalidad de ingeniero. Para echar a andar o para reparar un dinamo ¿es necesario conocer las ideas del viejo Volta sobre el galvanismo? Por una analogía ciertamente falsa, pero que se impone espontáneamente a más de una inteligencia sometida a la máquina, se pensará igualmente que para comprender los grandes problemas humanos de la hora presen-

te y tratar de resolverlos, de nada sirve haber analizado sus antecedentes. Cogidos ellos también, sin darse cuenta exacta de ello, en esta atmósfera modernista, ¿cómo no van a tener los historiadores la sensación de que, asimismo en su dominio, no se desplaza con movimiento menos constante la frontera que separa lo reciente de lo antiguo? El régimen de la moneda estable y del patrón oro, que ayer figuraba en todos los manuales de economía política como la norma misma de la actualidad, ¿es para el economista actual todavía presente o historia considerablemente enmohecida? Tras estos paralogismos es fácil descubrir, por lo tanto, un haz de ideas menos inconsistentes y cuya simplicidad, al menos aparente, ha seducido a ciertos espíritus.

Créese que es posible poner aparte en el largo desarrollo del tiempo una fase de corta extensión. Relativamente poco distante de nosotros en su punto de partida, esa fase comprende en su última etapa los días en que vivimos. En ella, ni los caracteres más sobresalientes del estado social o político, ni el heramiental material, ni la tonalidad general de la civilización presentan, al parecer, profundas diferencias con el mundo en que tenemos nuestras costumbres. Parece estar afectada, en una palabra, en relación con nosotros, por un coeficiente muy fuerte de "contemporaneidad". De ahí el honor, o la tara, de que esa fase no sea confundida con el pasado. "A partir de 1830 ya no hay historia", nos decía un profesor del liceo que era muy viejo cuando yo era muy joven: "hay política". Hoy ya no se diría: "desde 1830" —las Tres Gloriosas, a su vez, han envejecido—, ni eso "es política". Más bien, con un tono respetuoso: "sociología"; o, con menos consideración: "periodis-

mó". Muchos, sin embargo, repetirían gustosos: desde 1914 o 1940 ya no hay historia. Y ello sin entenderse bien sobre los motivos de este ostracismo.

Considerando algunos historiadores que los hechos más cercanos a nosotros son por ello mismo rebeldes a todo estudio sereno, sólo desean evitar a la casta Clío contactos demasiado ardientes. Creo que así pensaba mi viejo maestro. Pero eso equivale a pensar que apenas tenemos un débil dominio sobre nuestros nervios. Es también olvidar que desde el momento en que entran en juego las resonancias sentimentales, el límite entre lo actual y lo inactual está muy lejos de poder regularse necesariamente por la medida matemática de un intervalo de tiempo. Estaba tan equivocado el valiente director del liceo languedociano que cuando yo hacía mis primeras armas de profesor, me advertía con gruesa voz de capitán de enseñanza: "Aquí el siglo XIX no es muy peligroso. Pero cuando toque usted las guerras religiosas, sea muy prudente". En verdad, quien, una vez en su mesa de trabajo, no tiene la fuerza necesaria para sustraer su cerebro a los virus del momento será muy capaz de dejar que se filtren sus toxinas hasta en un comentario de la *Iliada* o del *Ramayana*.

Hay, por el contrario, otros sabios que piensan, con razón, que el presente humano es perfectamente susceptible de conocimiento científico. Pero reservan su estudio a disciplinas hartamente distintas de la que tiene por objeto el pasado. Analizan, por ejemplo, y pretenden comprender la economía contemporánea con ayuda de observaciones limitadas, en el tiempo, a unas cuantas décadas. En una palabra, consideran la época en que viven como separada de las que la precedieron por contrastes demasiado

vivos para no llevar en sí misma su propia explicación. Ésa es también la actitud instintiva de muchos simples curiosos. La historia de los periodos un poco lejanos no les seduce más que como un lujo inofensivo del espíritu. Así, encontramos por una parte un puñado de anticuarios ocupados por una dilección macabra en desfajar a los dioses muertos; y por otra a los sociólogos, a los economistas, a los publicistas: los únicos exploradores de lo viviente...

6. COMPRENDER EL PRESENTE POR EL PASADO

Visto de cerca, el privilegio de autointeligibilidad reconocido así al presente se apoya en una serie de extraños postulados.

Supone en primer lugar que las condiciones humanas han sufrido en el intervalo de una o dos generaciones un cambio no sólo muy rápido, sino también total, como si ninguna institución un poco antigua, ninguna manera tradicional de actuar hubieran podido escapar a las revoluciones del laboratorio o de la fábrica. Eso es olvidar la fuerza de inercia propia de tantas creaciones sociales.

El hombre se pasa la vida construyendo mecanismos de los que se constituye en prisionero más o menos voluntario: ¿A qué observador que haya recorrido nuestras tierras del Norte no le ha sorprendido la extraña configuración de los campos? A pesar de las atenuaciones que las vicisitudes de la propiedad han aportado, en el transcurso del tiempo, al esquema primitivo, el espectáculo de esas sendas desmesuradamente estrechas y alargadas que dividen el terreno arable en un número prodigioso de parcelas, conserva todavía muchos ele-

mentos con que confundir al agrónomo. El derroche de esfuerzos que implica semejante disposición, las molestias que impone a quienes las trabajan son innegables. ¿Cómo explicarlo? Algunos publicistas demasiado impacientes han respondido: por el Código Civil y sus inevitables consecuencias. Modificado, pues —añadían—, nuestras leyes sobre la herencia y suprimiréis completamente el mal. Pero si hubieran sabido mejor la historia, si hubieran interrogado mejor también a una mentalidad campesina formada por siglos de empirismo, habrían considerado menos fácil el remedio. En realidad, esa división de la tierra tiene orígenes tan antiguos que hasta ahora ningún sabio ha podido explicarla satisfactoriamente; y es porque probablemente los roturadores de la época de los dólmenes tienen más que ver en este asunto que los legisladores del Primer Imperio. Al prolongarse por aquí el error sobre la causa, como ocurre casi necesariamente, a falta de terapéutica, la ignorancia del pasado no se limita a impedir el conocimiento del presente, sino que compromete, en el presente, la misma acción.

Pero hay más. Para que una sociedad, cualquiera que sea, pueda ser determinada enteramente por el momento inmediatamente anterior al que vive, no le bastaría una estructura tan perfectamente adaptable al cambio que en verdad carecería de osamen-ta; sería necesario que los cambios entre las generaciones ocurriesen sólo, si se me permite hablar así, a manera de fila india: los hijos sin otro contacto con sus antepasados que por mediación de sus padres.

Pero eso no ocurre ni siquiera con las comunicaciones puramente orales. Si volvemos la vista a nuestras aldeas descubrimos que los niños son edu-

cados sobre todo por sus abuelos, porque las condiciones del trabajo hacen que el padre y la madre estén alejados casi todo el día del hogar. Así vemos cómo se da un paso atrás en cada nueva formación del espíritu, y cómo se unen los cerebros más maleables a los más cristalizados, por encima de la generación que aporta los cambios. De ahí proviene ante todo, no lo dudemos, el tradicionalismo inherente a tantas sociedades campesinas. El caso es particularmente claro, pero no único. Como el antagonismo natural de los grupos de edad se ejerce principalmente entre grupos limítrofes, más de una juventud debe a las lecciones de los ancianos por lo menos tanto como a las de los hombres maduros.

Los escritos facilitan con más razón estas transferencias de pensamiento entre generaciones muy alejadas, transferencias que constituyen propiamente la continuidad de una civilización. Lutero, Calvino, Loyola: hombres de otro tiempo, sin duda, hombres del siglo XVI, a quienes el historiador que trata de comprenderlos y de hacer que se les comprenda deberá, ante todo, volver a situar en su medio, bañados por la atmósfera mental de su tiempo, de cara a problemas de conciencia que no son exactamente los nuestros. ¿Se osará decir, no obstante, que para la comprensión justa del mundo actual no importa más comprender la Reforma protestante o la Reforma católica, separadas de nosotros por un espacio varias veces centenario, que comprender muchos otros movimientos de ideas o de sensibilidad que ciertamente se hallan más cerca de nosotros en el tiempo pero que son más efímeros?

A fin de cuentas el error es muy claro y para destruirlo basta con formularlo. Hay quienes se representan la corriente de la evolución humana como

una serie de breves y profundas sacudidas, cada una de las cuales no dura sino el término de unas cuantas vidas. La observación prueba, por el contrario, que en este inmenso continuo los grandes estremecimientos son perfectamente capaces de propagarse desde las moléculas más lejanas a las más próximas. ¿Qué se diría de un geofísico que, contentándose con señalar los miriámetros, considerara la acción de la luna sobre nuestro globo más grande que la del sol? En la duración como en el cielo, la eficacia de una fuerza no se mide exclusivamente por la distancia.

¿Habría que tener, en fin, por inútil el conocimiento, entre las cosas pasadas, de aquellas —creencias desaparecidas sin dejar el menor rastro, formas sociales abortadas, técnicas muertas— que han dejado, al parecer, de dominar el presente? Esto equivaría a olvidar que no hay verdadero conocimiento si no se tiene una escala de comparación. A condición, claro está, de que se haga una aproximación entre realidades a la vez diversas y, por tanto, emparentadas. Y nadie podría negar que es éste el caso de que hablamos.

Ciertamente, hoy no creemos que, como escribía Maquiavelo y como pensaban Hume o Bonald, en el tiempo haya, "por lo menos, algo inmutable: el hombre". Hemos aprendido que también el hombre ha cambiado mucho: en su espíritu y, sin duda, hasta en los más delicados mecanismos de su cuerpo. ¿Cómo había de ser de otro modo? Su atmósfera mental se ha transformado profundamente, y no menos su higiene, su alimentación. Pero, a pesar de todo, es menester que exista en la naturaleza humana y en las sociedades humanas un fondo permanente, sin el cual ni aun las palabras "hombre" y

"sociedad" querrían decir nada. ¿Creeremos, pues, comprender a los hombres si sólo los estudiamos en sus reacciones frente a las circunstancias particulares de un momento? La experiencia será insuficiente incluso para comprender lo que son en ese momento. Muchas virtualidades que provisionalmente son poco aparentes, pero que a cada instante pueden despertar muchos motores más o menos inconscientes de las actitudes individuales o colectivas, permanecerán en la sombra. Una experiencia única es siempre impotente para discriminar sus propios factores y, por lo tanto, para suministrar su propia interpretación.

7. COMPRENDER EL PASADO POR EL PRESENTE

Asimismo, esta solidaridad de las edades tiene tal fuerza que los lazos de inteligibilidad entre ellas tienen verdaderamente doble sentido. La incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero no es, quizás, menos vano esforzarse por comprender el pasado si no se sabe nada del presente. En otro lugar he recordado esta anécdota: en cierta ocasión acompañaba yo en Estocolmo a Henri Pirenne. Apenas habíamos llegado cuando me preguntó: "¿Qué vamos a ver primero? Parece que hay un ayuntamiento completamente nuevo. Comencemos por verlo". Y después añadió, como si quisiera evitar mi asombro: "Si yo fuera un anticuario sólo me gustaría ver las cosas viejas. Pero soy un historiador y por eso amo la vida". Esta facultad de captar lo vivo es, en efecto, la cualidad dominante del historiador. No nos dejemos engañar por cierta frialdad de estilo; los más grandes entre

nosotros han poseído esa cualidad: Fustel o Maitland a su manera, que era más austera, no menos que Michelet. Quizá esta facultad sea en su principio un don de las hadas, que nadie pretendería adquirir si no lo encontró en la cuna. Pero no por eso es menos necesario ejercitarlo y desarrollarlo conscientemente. ¿Cómo hacerlo sino del mismo modo de que el propio Pirenne nos daba ejemplo en su contacto perpetuo con la actualidad?

Porque el temblor de vida humana, que exigirá un duro esfuerzo de imaginación para ser restituido a los viejos textos, es aquí directamente perceptible a nuestros sentidos. Yo había leído muchas veces y había contado a menudo historias de guerra y de batallas. ¿Pero conocía realmente, en el sentido pleno de la palabra conocer, conocía por dentro lo que significa para un ejército quedar cercado o para un pueblo la derrota, antes de experimentar yo mismo esa náusea atroz? Antes de haber respirado yo la alegría de la victoria, durante el verano y el otoño de 1918 (y espero henchir de alegría por segunda vez mis pulmones, pero el perfume no será ¡ay! el mismo), ¿sabía yo realmente todo lo que encierra esa bella palabra? En verdad, conscientemente o no, siempre tomamos de nuestras experiencias cotidianas, matizadas, donde es preciso, con nuevos tintes, los elementos que nos sirven para reconstruir el pasado. ¿Qué sentido tendrían para nosotros los nombres que usamos para caracterizar los estados de alma desaparecidos, las formas sociales desvanecidas, si no hubiéramos visto antes vivir a los hombres? Es cien veces preferible sustituir esa impregnación instintiva por una observación voluntaria y controlada. Un gran matemático no será menos grande, a mi ver, por haber atravesado el mundo en

que vive con los ojos cerrados. Pero el erudito que no gusta de mirar en torno suyo, ni los hombres, ni las cosas, ni los acontecimientos, merece quizá, como decía Pirenne, el nombre de un anticuario útil. Obrará sabiamente renunciando al de historiador. Más aún, la educación de la sensibilidad histórica no es siempre el factor decisivo. Ocurre que en una línea determinada, el conocimiento del presente es directamente más importante todavía para la comprensión del pasado.

Sería un grave error pensar que los historiadores deben adoptar en sus investigaciones un orden que esté modelado por el de los acontecimientos. Aunque acaben restituyendo a la historia su verdadero movimiento, muchas veces pueden obtener un gran provecho si comienzan a leerla, como decía Maitland, "al revés". Porque el camino natural de toda investigación es el que va de lo mejor conocido o de lo menos mal conocido, a lo más oscuro. Sin duda alguna, la luz de los documentos no siempre se hace progresivamente más viva a medida que se descien- de por el hilo de las edades. Estamos comparable- mente mucho peor informados sobre el siglo x de nuestra era, por ejemplo, que sobre la época de César o de Augusto. En la mayoría de los casos los períodos más próximos coinciden con las zonas de relativa claridad. Agréguese que de proceder mecá- nicamente de atrás adelante, se corre siempre el riesgo de perder el tiempo buscando los principios o las causas de fenómenos que la experiencia revela- rá tal vez como imaginarios. Por no haber practica- do un método prudentemente regresivo cuando y donde se imponía, los más ilustres de entre nosotros se han abandonado a veces a extraños errores. Fustel de Coulanges se dedicó a buscar los "orígenes" de las

instituciones feudales, de las que no se formó, me temo, sino una imagen bastante confusa, y asimismo buscó las primicias de una servidumbre que, mal informado por descripciones de segunda mano, concebía bajo colores de todo punto falsos.

En forma menos excepcional de lo que se piensa ocurre que para encontrar la luz es necesario llegar hasta el presente. En algunos de sus caracteres fundamentales nuestro paisaje rural data de épocas muy lejanas, como hemos dicho. Pero para interpretar los raros documentos que nos permiten penetrar en esta brumosa génesis, para plantear correctamente los problemas, para tener idea de ellos, hubo que cumplir una primera condición: observar, analizar el paisaje de hoy. Porque sólo él daba las perspectivas de conjunto de que era indispensable partir. No ciertamente porque, inmóvilizada de una vez para siempre esa imagen, pueda tratarse de imponerla sin más en cada etapa del pasado, sucesivamente, de abajo arriba. Aquí, como en todas partes, lo que el historiador quiere captar es un cambio. Pero en el film que considera, sólo está intacta la última película. Para reconstruir los trozos rotos de las demás ha sido necesario pasar la cinta al revés de como se tomaron las vistas.

No hay, pues, más que una ciencia de los hombres en el tiempo y esa ciencia tiene necesidad de unir el estudio de los muertos con el de los vivos. ¿Cómo llamarla? Ya he dicho por qué el antiguo nombre de historia me parece el más completo, el menos exclusivo; el más cargado también de emocionantes recuerdos de un esfuerzo mucho más que secular y, por tanto, el mejor. Al proponer extenderlo al estudio del presente, contra ciertos prejuicios, por lo demás mucho

menos viejos que él, no se persigue —¿habrá necesidad de defenderse contra ello?— ninguna reivindicación de clase. La vida es demasiado breve y los conocimientos se adquieren lentamente. El mayor genio no puede tener una experiencia total de la humanidad. El mundo actual tendrá siempre sus especialistas, como la edad de piedra o la egiptología. Pero lo único que se les puede pedir a unos y a otros es que recuerden que las investigaciones históricas no admiten la autarquía. Ninguno de ellos comprenderá, si está aislado, ni siquiera a medias. No comprenderá ni su propio campo de estudios. Y la única historia verdadera que no se puede hacer sino en colaboración es la historia universal.

Sin embargo, una ciencia no se define únicamente por su objeto. Sus límites pueden ser fijados también por la naturaleza propia de sus métodos. Queada por preguntarse si las técnicas de la investigación no son fundamentalmente distintas según se aproxime uno o se aleje del momento presente. Esto equivale a plantear el problema de la observación histórica.